

Pequeña antología de Elisabeth Porrero

VII

Cómo admiro el silencio de los árboles
porque deben sufrir calladamente
el abrazo tan frío del otoño.
Inesperadamente por su piel
trepa la soledad, hasta que se hace
su dueña por entero.

Y tendrá que dolerles,
lo mismo que a nosotros,
ser víctimas de tanto desamparo.
Pero es su pena sabia e invisible
y, ante el daño, que no puede evitarse,
se mantienen erguidos y más fuertes.

Quizás han aprendido
que no es su dolor único en el mundo.
Conocen bien el llanto de los cielos
que, fielmente, pretenden consolar
recogiendo sus lágrimas,
o el del mar enojado que golpea
sus raíces incluso hasta arrancarlas.

Saben de la orfandad de aquellos pájaros
a los que dulcemente dan abrigo
o de la enloquecida ira del viento
que mutila sus brazos fieramente.

Cómo admiro el silencio de los árboles.
¡Con qué sabiduría ellos se entregan
y se duelen!

¡Quiero cantarte!

Por si fueran mis palabras
sinónimo de luz,
quiero cantarte
a ti, mujer, que guardas en los ojos
alguna noche injustamente larga.
Por si fuera mi voz
algún tipo de música
que menguara tu silencio,
quiero cantarte
a ti, mujer, que tanto necesitas
palabras que te digan
que aún eres hermosa
y te caben en el rostro
muchas lluvias de besos.

Por si fuera mi poema
de repente un amigo
que te toma, hoy, de la mano,
quiero cantarte
a ti, mujer, que sientes que el vacío
te muerde las entrañas,
porque, aunque a veces lo dudes,
hay siempre una voz amiga
que quiere rescatarte
de todos tus naufragios.
Quiero cantaros a todas,
mujeres, hermanas
y que sea mi canto
un himno de esperanza.
Que sea un trino de pájaros
en todos nuestros bosques
donde no nos falten nunca
primaveras y flores.